

EL OTRO EXTREMO JERÁRQUICO EN LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA

JORGE R. BERGALLO

Durante el año pasado se conmemoró la Revolución Libertadora en diferentes oportunidades y lugares de nuestro país.

Estos actos se diferenciaron notoriamente, como es de suponer, en función del organizador. Por un lado estaban quienes repudiaron el suceso, y por el otro quienes recordaron los hechos y a los hombres que ofrendaron su vida en cumplimiento de un deber. El primero se caracterizó por sus expresiones de odio y revancha. El segundo, por la prudencia y el homenaje.

Entre estos últimos merecen ser destacados los artículos publicados por nuestro *Boletín del Centro Naval*. Tal como lo ha hecho desde su creación en 1882, sus páginas, una vez más, se hicieron eco de acontecimientos que impactaban fuertemente en la Armada Argentina y sus hombres. Y lo hicieron como siempre, con mesura y educación, pero transmitiendo claramente un mensaje cargado de sentimiento.

En este caso recordaron las operaciones navales desarrolladas en el escenario del Río de la Plata, la evacuación de la Escuela Naval Militar, los combates aeronavales, los heridos y, lamentablemente, también los muertos en combate. Los personajes más mencionados en estos artículos han sido los cadetes navales.

Cadetes que, como los actuales, en esos momentos estaban preocupados por las materias que cursaban, inquietos si ese fin de semana saldrían franco o no, pensando en sus novias o familias, especulando con cuál promoción ganaría el torneo interno, etc. Tal como continúa ocurriendo después de cincuenta años.

Pero, súbitamente, estalló la revolución. De un día para el otro, sin siquiera haberlo imaginado se encontraron embarcados combatiendo. No era un zafarrancho. Los proyectiles eran verdaderos, explotaban, herían y mataban. A los cadetes y a los otros tripulantes jamás se les ocurrió pensar si estaba bien o mal lo que hacían. Cumplían su deber. Combatían.

En el otro extremo jerárquico dentro de la Armada se encontraba el Ministro de Marina.

En el momento de comenzar la Revolución ese cargo era ocupado por el Contraalmirante Luis Juan Cornés, quien asumiera dichas funciones en reemplazo del Contraalmirante Aníbal Olivieri, luego del fallido intento revolucionario del 16 de junio. Y es a este último a quien me quiero referir en estas líneas, a fin de presentar a los lectores de este Boletín la conducta de los dos extremos de las jerarquías del Personal Superior Naval como homenaje a la Armada toda.

El Capitán de Navío (R) Jorge R. Bergallo pertenece a la Promoción 99 de la ESNM, egresó como Guardiamarina en 1970 y se retiró en 2003 siendo Director de Educación Naval. Se especializó en Submarinos. Fue Comandante del Submarino ARA San Juan en 1993, de la Fragata ARA Libertad en 2002 y de la Escuela Naval Militar en 2003. Se desempeñó como Representante Argentino ante la OMI, en Londres, entre 2000 y 2001. Es licenciado en Historia, Magíster en RRII y Doctor en Ciencias Políticas.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 814

Mayo/agosto de 2006

Recibido: 9.2.2006

Las características de la formación de los oficiales navales engendran en el ámbito colectivo un fuerte, sano e imprescindible espíritu de cuerpo. Por otra parte, la instrucción y las actividades a bordo, en especial en buques pequeños, enfrentando a severas inclemencias del tiempo, y en situaciones que pueden ser superadas sólo si se actúa monóticamente, consolidan aquella cohesión. Durante toda la carrera los marinos tienen un desafío real, el mar. Cuanto más fuerte es el temporal que los azota más se unen a bordo.

También junto con la formación específicamente profesional o técnica siempre se les ha inculcado un sistema de valores orientados a la moral y la ética. El cadete naval aprehende un modelo de conducta que lo lleva a guardar estricta lealtad con su Institución, aunque siempre en consonancia con aquellos valores. En la Armada no tienen éxito los líderes carismáticos. Las lealtades son para con la Institución, y así ha ocurrido a lo largo de la historia naval argentina. Todos aquellos que desearon y actuaron para constituirse en únicos referentes y ejemplos, tarde o temprano fracasaron y desnudaron sus verdaderos apetitos personales.

Quienes se desempeñaron como máximos conductores de nuestra Armada, desde el Almirante Brown en adelante, mantuvieron unida a la Fuerza merced a su real capacidad de liderazgo y cualidades morales. Cuando permitieron la incidencia de factores externos sobre su personal, normalmente porque ellos se incorporaban al juego de intereses políticos, lo que lograron fue generar una grave y profunda división en la Institución que terminó en hechos violentos como en 1893, por citar un ejemplo.

La alta cohesión interna le ha permitido a la Armada mantener incólume su cuadro valorativo aun en situaciones de extrema dureza.

Sentimiento que en relación con el tema que ocupa estas líneas se vio reflejado en la actitud que asumió el Ministro de Marina, cuando Perón puso en vigencia la campaña de adoctrinamiento ideológico de las Fuerzas Armadas a partir de 1952. El Contraalmirante Olivieri, pese a su simpatía por el pensamiento peronista, se oponía a la difusión de esta doctrina entre las filas navales. No era costumbre de la Armada favorecer la acción propagandista de ningún partido político ni enrolarse en campañas que, aun bajo la apariencia de actividades académicas, persiguieran fines de adoctrinamiento político.

Olivieri era un hombre sanamente convencido de los ideales originarios justicialistas y acompañaba, desde sus funciones navales, el accionar del gobierno nacional. Acompañaba. No sobreactuaba. Y por ello jamás permitió que estos ideales afectaran la conducción de la fuerza y mucho menos que resquebrajaran el honor y el orgullo de pertenecer a ella.

Metafóricamente podríamos decir que el Jefe de la Armada mantenía a su fuerza navegando y en cubiertas bajas mientras se capeaba el temporal. Se esforzaba para evitar que ideologías y avatares políticos, la insidia de los funcionarios y hasta el accionar de algunos medios periodísticos produjeran alguna división interna en sus cuadros, en especial entre sus oficiales.

Supo de actitudes abiertamente opositoras y descorteses al gobierno, ya que hubo dotaciones completas de buques que no asistieron al acto del Día de la Lealtad del 17 de octubre de 1951, otras se negaron a contribuir con dinero para la construcción del Monumento al Descamisado o aviones de la Armada trasladaron hasta Río Gallegos a familiares de los detenidos por el intento de golpe de 1951.

Pese a las constantes agresiones recibidas por la Armada provenientes de altos funcionarios de gobierno, aquélla no se lanzó institucionalmente a derrocarlo, se abocó a demostrarle que no compartía su accionar despótico, asumiendo actitudes individuales e institucionales que sólo se podían producir porque Olivieri las disimulaba.

Su cuadro de valores era más rígido para con su Institución que para con el partido político al que pertenecía, a tal punto que una vez iniciado el movimiento del 16 de junio, pese

a no haber sido parte del complot, se presentó en su Ministerio asumiendo la completa responsabilidad por lo sucedido y se entregó a las fuerzas leales una vez que el movimiento fue sofocado (*).

(*)

En el Consejo de Guerra que se constituyó para juzgar a los responsables del movimiento, el defensor de Olivieri fue el Contraalmirante Isaac Francisco Rojas. Fue encontrado culpable y condenado a prisión.

En junio de 1955 se produjeron destrozos e incendios de iglesias por parte de grupos de choque manipulados desde el mismo gobierno para organizar manifestaciones callejeras y agredir a quienes opinaran distinto; el 15 de junio dos obispos fueron suspendidos en sus funciones pastorales generándose un conflicto con el Vaticano, y el 16 explotó el primer intento armado de derrocar al gobierno.

Fueron detenidos los Almirantes Olivieri, Gargiulo y Toranzo Calderón como máximos responsables, luego de que ellos así se definieran ante al gobierno. Paradójicamente estaban presos juntos los que supuestamente habían delinuido constitucionalmente y un ministro perteneciente, pero no adicto, al gobierno. Por supuesto que, al igual que Toranzo Calderón, debió sufrir el escarnio del peronismo materializado en su degradación frente a tropa formada en la **Escuela de Mecánica de la Armada** y posterior prisión.

Al triunfar la Revolución Libertadora y más allá de las investigaciones y juicios efectuados, el Almirante Olivieri fue designado embajador ante la Naciones Unidas y fue despedido por el Almirante Rojas, vicepresidente de la Nación. También se le permitió reingresar al Centro Naval, de donde había sido expulsado.

Habrán quienes no experimenten simpatía por Olivieri, y es muy valedero. No es mi objetivo revalorizar su figura, ni generar una discusión sobre todo su proceder como ministro. Sólo aspiro a poner en evidencia la conducta y comportamiento de la máxima autoridad naval en un momento de grave crisis institucional caracterizado por la agresión constante.

Como titular de la Marina de Guerra, en un momento muy crítico, condujo a su Institución evitando que la agresión e ideologización proveniente de sectores adictos al movimiento peronista tuvieran consecuencias fatales. Lo logró sin comprometerse con ideólogos extremos y mucho menos propiciar él mismo actividades que tenían ese fin; sin mancillar el honor de la Armada y permitiendo que todos sus integrantes, desde el más antiguo al más joven, en actividad o retirados, se sintieran orgullosos de ser marinos, evitando de esta manera divisiones internas.

Cuando tuvo que optar por identificarse con un grupo pasajero radicalizado de individuos que desempeñaban funciones de gobierno o actuar como se espera de un Almirante de la **Armada Argentina**, no tuvo ninguna duda.

El Almirante Olivieri después de retirado fue bien recibido en las ceremonias de la Armada y en el Centro Naval hasta el día de su fallecimiento. Nunca perdió su lugar en el fondeadero. ■